

José Agustín

el oficio de
inventar
los sueños
(1944-2024)



HL

www.hipocritalector.com

SUPLEMENTO ESPECIAL

JOSÉ AGUSTÍN

se acerca a su templo

MARIO ALBERTO MEJÍA

A mis dieciocho años entraba a la librería *El Sótano*, ubicada en la avenida Juárez, en la Ciudad de México, a comprar tímidamente algunos libros de la serie *El volador*, de la editorial Joaquín Mortiz. Ahí compré dos novelas que me acompañaron algunos años: *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, y *De perfil*, de José Agustín. La primera, tardé años en entenderla. La segunda, me devoró al instante. A partir de entonces empecé a seguir a José Agustín en las revistas *Pop*, *Dimensión* y *México canta*, revistas, todas, de rock y algo de jazz. Cosa curiosa: hay personas que conozco —decenas, docenas— que bien podrían ser personajes de sus novelas tanto en el lenguaje como en las actitudes, cosa, por cierto, que me parece maravillosa.

José Agustín, el personaje público, también me sorprendió. Era un rockstar mexicano que, pese a los años, seguía escandalizando a todo mundo. Pronto, sin embargo, lo dejé por otras lecturas.

Volví a leerlo a través de Carlos Castaneda —por la traducción que hizo de *El don del águila*. Y cuando descubrí *Se está haciendo tarde (final en laguna)* me reconcilié con su escritura. Los demás libros —sobre todo *Ciudades desiertas*— mostraron a un José Agustín maduro con el espíritu del José Agustín adolescente.

Me gustó de él que hubiese tenido un romance con Angélica María —¡la novia de México!— y que después de haber dado un discurso incendiario, en el auditorio Che Guevara, se haya ido con su novia de entonces a beber unos tragos a un bar de la Zona Rosa. También me gustó el exilio interior que vivió al dejar la Ciudad de México para irse a vivir con su familia a su casa de Cuautla, Morelos.

Llevo semanas viendo todos los documentales que condujo a lo largo de su vida. Incluso vi de nuevo la película que escribió para Angélica María: Cinco de chocolate y uno de fresa. Este martes, incluso, disfruté una serie de programas que hizo con el gran Jordi Soler sobre los orígenes del rock. Y justo cuando el programa terminaba, sobrevino la noticia de su muerte.

Nunca crucé palabra con él. Jamás me dedicó algún libro. (Debí decirle cuánto lo admiraba). Sin embargo, al momento de enterarme de su muerte tuve sentimientos encontrados: me sentí bien, pero me sentí mal. Bien, porque después de su caída en Puebla en 2009, nuestro héroe perdió su voz eternamente adolescente y todo en él se volvió lento. Desesperadamente lento. Tanto así que engordó, envejeció y dejó de escribir. En ese sentido, me dio gusto que dejara de sufrir. Y me sentí mal porque empecé a extrañarlo como se extraña a alguien muy querido. A alguien entrañable y demasiado cercano, casi casi como un hermano mayor o un primo proveniente de la primera infancia. Ahora mismo que escribo estas líneas mi alma se divide entre la felicidad y la tristeza.

Como un tributo sincero a nuestro rockstar, le dejo a *hipócrita lector* un texto que escribí sobre su terrible accidente en el Teatro de la Ciudad de Puebla, en 2009.

Es cuánto.

*

José Agustín ya no va a la FIL aunque lo inviten. Dejó de ir desde que se cayó de espaldas de una distancia de tres metros y medio. Cayó en el foso de la orquesta. Esto ocurrió en la ciudad de Puebla en 2009.

José Agustín había terminado de dar una conferencia cuando los fans se subieron al escenario del Teatro de la Ciudad para abrazarlo y besarlo. El escritor fue dando pasitos leves hacia atrás. Pasos prudentes, pero disociados. El vulgo avanzaba en su embestida. Uno quería una foto, otro quería un autógrafo. Una señora parecida a Angélica María quería todo: foto, beso y autógrafo. Hay quienes juran que la señora era la mismísima Angélica María, quien fue su novia en la primera juventud. El caso es que esa señora no lo dejaba en paz, y paso a pasito lo llevó al límite del escenario. El golpe fue espantoso. Cayó literalmente de cabeza junto a un piano de cola.

El cuerpo del escritor de la onda quedó como un guiñapo. José Agustín lloraba del dolor. Lo levantaron y lo llevaron a la Beneficencia Española. El parte médico fue elocuente: seis costillas fracturadas y una lesión en el oído izquierdo. Entró a terapia intensiva.

Le hicieron una resonancia magnética. Ahí detectaron una pequeña fractura en el piso medio del lado izquierdo del cráneo. No volvió a ser el mismo. Se fatigaba muy rápido. Su habla y sus movimientos se volvieron excesivamente lentos.

Ya no va a la FIL. Sale de su casa de Cuautla cada vez menos.





Somos hijos de José Agustín

.....

ALEJANDRA GÓMEZ MACCHIA

En la generación anterior a la de mis padres, cuando los viejos evocaban sus años juveniles, hacían relatos acartonados, llenos de corrección y solemnidad; se referían a la juventud con mucha distancia y como si ese periodo hubiera sido vivido por una versión mínima y desdibujada de sí mismos, retocada al pastel... como las propias fotografías que pendían de sus muros: pequeños señorcitos con calcetines a la rodilla, pajarita y rubor en las chapas.

Nada más alejado de la vivacidad.

Una generación de plomo, como los soldaditos.

Claro, era la niñez de entreguerras.

De pronto, en México, el cambio se dio en un jardín, detrás de una gran piedra.

Y los adolescentes rompieron la barrera del usted para abrazar el tuteo.

Aparecieron entonces nuevas palabras extraídas del jolgorio cotidiano de la ciudad, del espíritu del barrio, de los pasillos de los institutos.

Chale, simón, nel, banda, chaviza, rola, yavás, la buena onda...

José Agustín irrumpió como una bocanada de aire fresco en la escena literaria, pero también llegó, sin pretenderlo, a los no-lectores.

Su desparpajo inoculó de chispa a esa generación y a las que siguieron.

Nuestra forma de hablar, y por lo tanto, de movernos entre los demás, se desprendió de atavismos morales.

Los jóvenes pudieron, por fin, ser jóvenes.

Después de *La tumba* y *De Perfil*, la casta del escritor pedantesco y encorsetado en su mundo de lirismo y erudición sufrió un reacomodo, pero esto no hubiera podido ser posible sin la figura de Juan José Arreola

Arreola, que ya había roto con la cuadratura literaria a partir de un género en específico, pues, hizo novelas, sí, y también cuentos maravillosos, y guiones y ensayo, sin embargo, fue el primero que se atrevió a no quedarse con las ganas de reunir todos los elementos anteriores y meterlos en su chistera para sacar de ella al conejo blanco que él llamó “varia invención”.

Debo confesar que no he sido una lectora constante de José Agustín, pero he leído sus imperdibles.

Cuando comencé a hacer mis pininos en la escritura, Enrique Serna, amigo cercanísimo y admirador de nuestro personaje, me hizo hincapié en visitar siempre sus libros para “quitarme las falsas veleidades intelectuales y poéticas” que padecen los nóveles escritores o los aspirantes a publicar. Así lo hice, y fue entonces que me enganché, no tanto de sus historias, sino de su melomanía.

Su hijo, Andrés Ramírez, fue mi editor en la primera novela que publiqué, y a partir de entonces seguía con curiosidad las historias que subía los fines de semana en la casa de Cuautla, en donde hasta hace muy poco se veía a José Agustín entre libros, música, cuadros, cigarrillos, vino y bastantes cervezas.

Los últimos días del maestro estuvieron llenos de esa ondita: los cielos algodónados, las monedas del Iching, su amada Margarita (ingrúvida maga blanca) sus nietos, la banda de que formó, y la música que tanto amó.



José Agustín, final en la laguna

ZEUS MUNIVE



“M

orirse, mis estimados, no es nada del otro mundo; ya se sabe qué, en realidad, nos morimos a cada rato: nos *pe-tateamos al dormir*, cuando se desconecta toda la patada y nadie sabe ni qué *pedo*; también *piramos* de la vida cuando nos *venimos*, pues ya se sabe que algunos *tremendones venidones*, de plano lo borran a uno del *mapache* (...) En realidad, muchos dicen que somos muertos circulantes porque no hemos nacido a la nueva vida, la neta, la efectiva, la auténtica buena onda”. Agustín, J. (2018). *El hotel de los corazones solitarios* (P.134, *La muerte chiquita*) GRIJALBO.

Ayer, José Agustín por fin decidió irse a calacas, con la inmutable, pero jacarandosa huesuda, como él mismo la llamó al referirse a la muerte de Jerry García, líder y guitarrista del grupo *Grateful Dead* (qué paradoja).

Allá, en ese espacio que existe, pero que desconocemos ahí está rezumbando con John Entwistle, bajista de *The Who* o seguramente se está dando un pasón de mota (mortadela, morita) o viajando con un montón de hongos con Keith Moon.

El buen Agus bebe de una botella de güisqui mientras John Bonham toca el solo de Moby Dick o discute con su *cuachinol* el Rockdrigo González, *El profeta del nopal*, mientras este último con su guitarra en mano y una armónica canta: “¡oh, yo no sé!, por qué no me las das”.

Ahí, con Gustavo Sainz (*Sainz Fiction*), recuerda sus gazapos con Menelao, Vulbo, a Gisela y cómo es que de esa época aún conserva algunas fotografías.

Ha muerto José Agustín.

El gran José Agustín.

Y es una sensación de pérdida, de saber que ya no lo vamos a volver a topar y que todo serán homenajes y homenajes y más homenajes, pero su misión en este mundo redondo, a veces plano, a veces turbio, a veces de carmesí, ha concluido.

Se ha ido quien nos enseñó a dar nuestros primeros pasos en la literatura (como lectores) y que, por su culpa, buscamos siempre armar el *soundtrack* de sus novelas, conseguir muchas de las canciones y los discos de los que hablaba, por ejemplo, repetir como Virgilio en *Se está haciendo tarde*, la canción de Los Rolling Stones Jumping Jack Flash “its a gas, gas, gas”.

Por cierto, ayer descubrí que en Spotify hay ya un *soundtrack* de *Se está haciendo tarde* que hizo un argentino, se puso a buscar cada una de las canciones y hasta hizo un mapa de Caleta a Pie de la cuesta para ubicar la laguna de Coyuca y hasta dibujó un Charger 1971 en el mapa.

ESTAS ONDAS
ASALTANTES EN MODERNAS
Agentes de Policias con
TARADOS y hongos
BAZOOKAS AMABLES
HUELLAS EROTICAS
Caballos con complejo de
moto CHAMBERA
FRESA
NO VICIAS
SUBVERSIVAS
PALOMAS
RELOCAS
claveles
VERDES
REBELDES
CHOCOLATE
presenta

MI NI FALDAS
AGRESIVAS
¿QUE SERA?

director
CARLOS VELO

ANGELICA en
MARIA de chocolate
5 y 1 DE fresa

actuación especial de ROBERTO CANEDO
una producción de ANGELICA ORTIZ

FERNANDO LUJAN
ENRIQUE RAMBAL

Agustin Martinez Solares
Juan Ferrara
Edmundo Mendoza
Michel Straus
y los Dug Dugs

IMPRESO EN MEXICO

Se ha ido a quien retrató a la contracultura mexicana y se atrevió a la puntada de decir que Cuauhtémoc es nuestro primer rey punk mexicano. Nadie como José Agustín para hablarnos sobre las drogas en los años 60, nadie como él para describir un viaje ácido o muchos y qué es eso de ponerse hasta la madre (bien stoned).

Un Salinger acapulqueño, un beatnik de la colonia del Valle que se enamoró de Angélica María y que cuentan que ella perdió la cabeza por este escritor, guionista de cine, director, dramaturgo, padre, hermano, abuelo y vecino de Morelos. Ella que fue la causante que se divorciara de Margarita, la madre de sus dos hijos, pero que no toleró que vivieran juntos. Ella después terminó con Raúl Vale y ahora es una estrella más del canal de Las estrellas.

José Agustín quien cayó preso en Lecumberri porque lo acusaron de traficar con drogas cuando en realidad solo las consumía. Ahí, en pleno Palacio Negro, con pura finísima persona como vecino escribió parte de una novela, una parte, en la bolsa de papel de estraza donde le llevó su mujer unas tortas para que comiera, como relata en su autobiografía *El rock de la cárcel*.

Eso sí, el buen José Agus, siempre estuvo a favor de marginar a la legaliguana y a las demás drogas, porque

supo que detrás de todo ese rock and roll, lo mejor era dejar de acusar a los que las consumen y buscar salidas para que no lo hagan, pero sin satanizarlos.

Se ha ido José Agustín y con él la mal llamada literatura de la onda, como la bautizó Margó Glantz, porque tanto él como Sainz y René Avilés negaron que fueran de una onda, como los quiso catalogar, el único que no le desagradó ese patín (José Agustín, dixit) fue el Rey Criollo, Parménides García Saldaña.

Se ha ido y seguro estará con Elvis, Lennon, Harrison, García, en tremendo pachangón en algún lugar donde lea el tarot, discuta con Carl Gustav Jung sobre los arquetipos y sobre el I Ching. En donde recuerde cuando conoció a Marla y los telépatas del Tíbet.

Se ha ido el beatnik mexicano, el hermano menor de Kerouac y Jim Morrison, como lo calificaron.

Aquí se quedan sus letras y sus viajes. Su panza del Tezozteco y sobre todo aquella gran novela *De Perfil*, que fue la que nos agarró a muchos a sombrerazos para que nos despertara de ese letargo en el que vivíamos.

Hasta siempre, José Agustín, un disco de *The Move* (antes que Jeff Lyne se pusiera fresa) ya te espera en el más allá que es lo mismo que el más pa'ca.

La literatura carnal de José Agustín

CARLOS CHIMAL

Se dice que la violencia criminal y la crisis de los valores sociales conforman una tendencia literaria hoy en día. Pero se trata de vino tierno en vasijas antiguas. No son originales para la literatura esos ambientes y tramas sangrientos, llenos de traiciones, por desgracia.

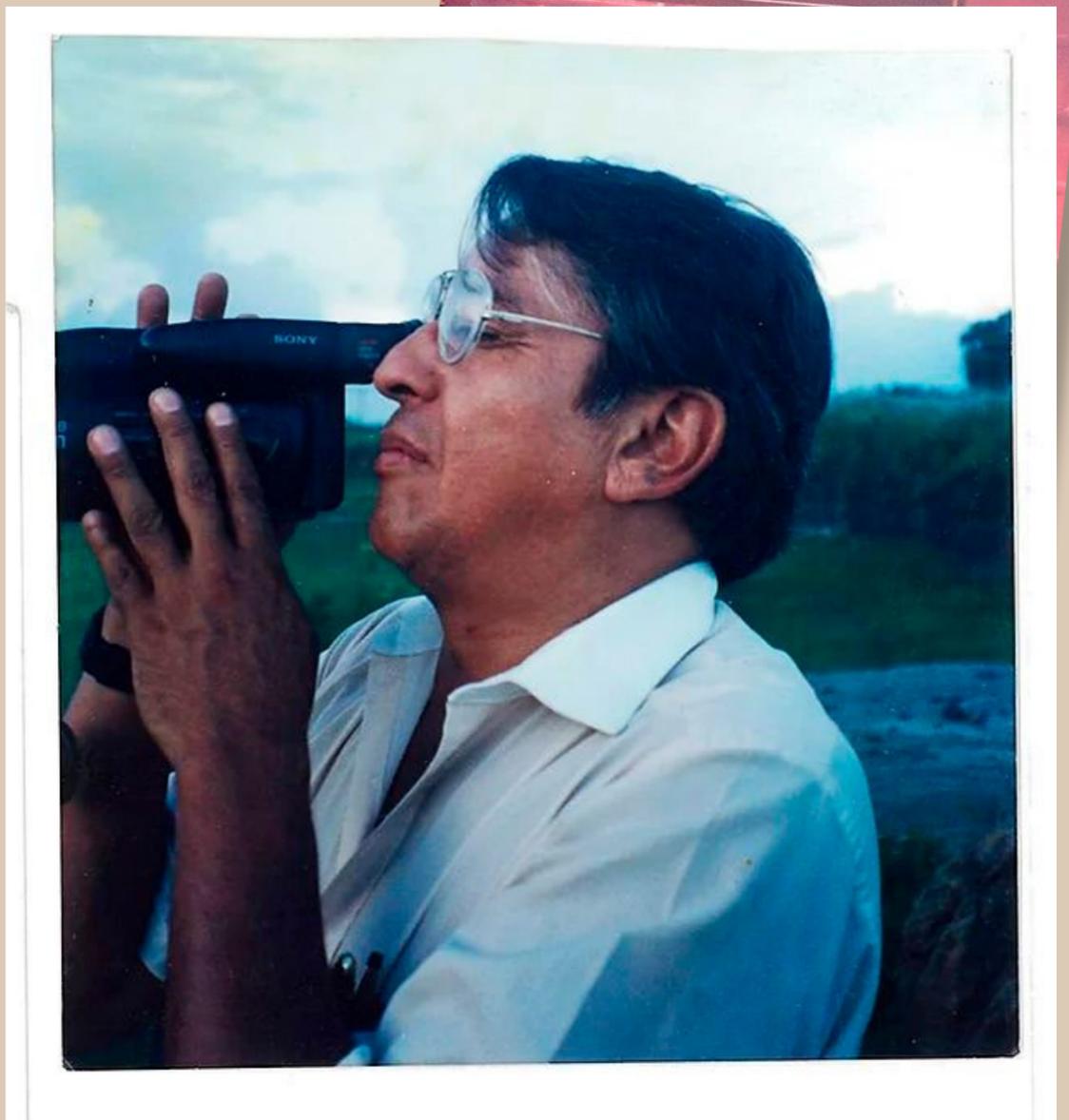
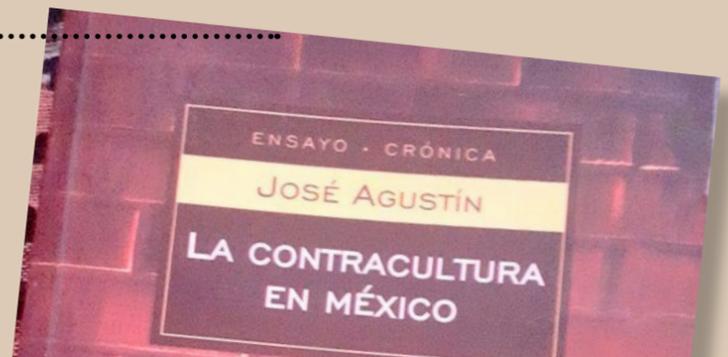
Ya Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Zarco, Luis Spota, Carlos Fuentes, José Agustín y Fernando del Paso, cada uno en su momento y en su estilo, se ocuparon de evitar que los lectores pierdan la memoria de ciertos hechos dolorosos para la sociedad.

También se asevera que el humor es una característica novedosa. Nada más lejos de la realidad, pues desde tiempo atrás existe una notable tradición por elevar la picaresca al rango de gran literatura.

En el siglo XVII Sor Juana y Carlos de Sigüenza atemperaban su neurosis barroca con el humor sardónico; en el XIX hicieron lo suyo Vicente Riva Palacio, José T. Cuéllar; en el siglo XX exploraron la socarronería Jorge Ibarguen-goitia, Carlos Fuentes, José Agustín, Parménides García Saldaña, Juan Villoro, Daniel Sada, Luis Zapata. Todos emplearon en su literatura el humor en diversas formas y tesituras, de la ironía a la burla insana.

Otro clisé considera a algunos novelistas de los años de 1960-1970 como "literatos de la onda", término acuñado por Margo Glantz, profesora universitaria de literatura mexicana y escritora. José Agustín, quien es un individuo intolerante, en particular con las actitudes esnobistas, detestó esta etiqueta. Es justo decir, porque me consta, que Margo trató de encasillar a lobos esteparios como el mismo José Agustín y el frenético García Saldaña de una manera inocente, honesta, si bien precipitada. Love in vain.

La potencia narrativa de José Agustín radica, sobre todo, en haber aprendido a leer al novelista norteamericano J. D. Salinger; a replicar de forma magistral la indomable furia de *Guardián entre el centeno*, *Franny y Zooey* y los *Nueve cuentos*. Relatos del guerrerense como *Inventando que sueño* y *Cerca del fuego* son joyas que nos muestran el endemoniado acontecer humano, su cruel ternura; la novela *Se está haciendo tarde* resulta ser un periplo modernista, el canto tragicómico a un Acapulco dantesco, irrepetible.





En lo personal, haberlo leído a temprana edad significó un catalizador de la imaginación; me contagió del primer impulso franco, diáfano, incorruptible (o debería decir, inocuo) de contar historias como un bálsamo ante el dolor provocado por el embate del fascismo y el oscurantismo.

No puedo olvidar una breve serie de programas televisivos que él produjo con el nombre de “República de las Letras”, donde se pitorreó de los intelectuales de cuello duro y líquido anodino en su pluma, rucos de espíritu. Fue odiado por embutidos periodistas; conoció un mundillo mentes enredadas y comportamiento pintoresco, donde supras e infras goliardos se disputaban el cetro de la estridencia.

Por cierto, otro clisé es considerar estridente la obra literaria de Agustín, afirmación insulsa. La misma ligereza con la que Glantz echó la estética narrativa agustiniana al saco roto de la onda, algunos pajaritos del intelecto quieren ver gimnasia donde hay magnesita. Como buen ludófilo, Agustín supo saborear cinco de chocolate y una de fresa sin chorrearse.

Cuando lo invité a escribir algo para *Crines*, lecturas de rock, vino a mi casa a comer, pues, entre otras cosas, quería conocer mi colección de LPs. Pasó la vista de águila por el jazz, el free jazz, la música concreta, la música clásica, romántica, modernista, se saltó el Huapango de Moncayo y se dirigió sin más miramientos al rock. “No se tarda uno tanto en recorrer tu discoteca”, me dijo, “pero puedes quedarte semanas deleitándote con cada álbum. No sobra nada, no falta nada, manito”.

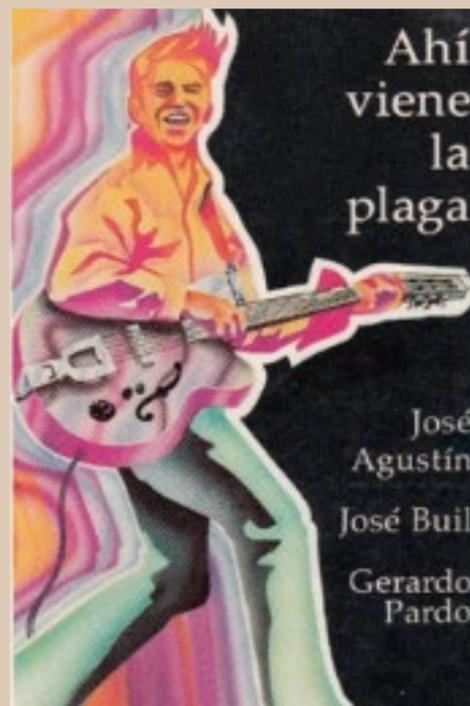
Y es que el rock le llegó como un relámpago (escribió en *Crines*), sin que se diera bien cuenta. Contaba once años de edad cuando lo sedujo irremediamente la versión de Bill Haley y sus Cometas a la pieza clásica de Freedman y Myers, *Rock Around the Clock*, lanzada en mayo de 1954. “No tenía ninguna duda de que había nacido para ejecutar el rockciano”, exclamó.

Para el libro *Crines* necesitábamos fotos de los autores, así que mi familia y yo lo visitamos en Cuautla. Carmen

Landa le hizo retratos memorables, hubo sopa de la milpa y tamales recién cocinados; junto con Margarita, su esposa, y sus hijos, entonces unos niños, pasamos una tarde sabrosa escuchando Grateful Dead y Jefferson Airplane.

Hicimos migas gracias a una pasión compartida por el legendario grupo Lovin’ Spoonful. Coincidimos en que palabras mayores era la obra de Frank Zappa. Confesó que dejó de seguir las novedades musicales en 1974, aunque continuó parando oreja a algunos destellos en medio de la debacle promovida por la disco y demás basura sentimental.

Así que las novelas y cuentos de este vagabundo del dharma no responden a ninguna onda (¿cuál, maese? ¡Dímelo y te levanto una estatua!). Se trata en realidad de una literatura carnal, profunda, desgarradora, salpicada de risas estentóreas entre prisiones, carreteras, atardeceres frente al mar, agandayes, gestos solidarios, amaneceres infernales en las ciudades desiertas, ritmo, sobre todo mucho ritmo.



Una cumbia para José Agustín

Rock me

Amadeus!

MARIO MARTELL

José Agustín fue el relámpago de una época. Hoy que José Agustín nos ha dejado hemos quedado un poco huérfanos. Huérfanos de una orfandad intelectual, emotiva, rockera y contracultural.

Este adiós fue paulatino e intangible.

Cuando un escritor deja de escribir, desaparece su pensamiento. Ese carnaval neuronal, la irrupción de un lenguaje menor, el cuerpo texto danzante.

Nos hemos vuelto, en los últimos años ciclopes y mutantes de un apocalíptico mundo tecnológico. Un mundo conservador y neoliberal reemplazó las utopías libertarias de los sesenta.

El mercado transformó al rock, a las comunes jipis, a los fármacos y drogas, en mercancías y dispositivos de control social.

The dream is over. Mataron a John Lennon; Thatcher y Reagan dominaron el mundo. *Bye, bye* Unión Soviética. *Bye bye* comunismo. Corrían los ochenta.

José Agustín fue un poco Kerouac y un poco Joyce, fue el discípulo disidente del taller de Arreola y escapó de la etiqueta reduccionista que la crítica literaria dominante le quiso imponer: *La onda*.

Lo que es "onda" no es escritura.

La escritura, el bien preciado. Fetiche del *show room* literario.

También se fue, muy joven, Parménides García Saldaña, un escritor bien macizo, que nos dejó una novela incómoda, *Pasto Verde*. También se fue, hace unos años, Gustavo Sainz, autor de *Gazapo*. Otra bofetada en el canon culto y letrado de la solemne y puritana literatura mexicana.

También se fue el novelista y dramaturgo, Vicente Leñero, cuyas primeras obras eran celestiales y terrenales, atravesadas por la fe católica.

Le siguieron Juan Tovar y Luis Zapata con su vampiro del mundo gay.

Agustín Ramos y José Joaquín Blanco todavía viven. Lo mismo que la gran poeta mexicana Elsa Cross.

José Agustín apareció en los márgenes del *boom*. Y antecedió a la saga literaria de Roberto Bolaño en su novela sobre la ciudad letrada mexicana, la Tenochtitlan poética, *Los Detectives Salvajes*. Arturo Belano y Ulises Lima pertenecen a la corte letrada y anticanónica inventada por José Agustín en sus novelas precoces *La tumba* y *De perfil*.





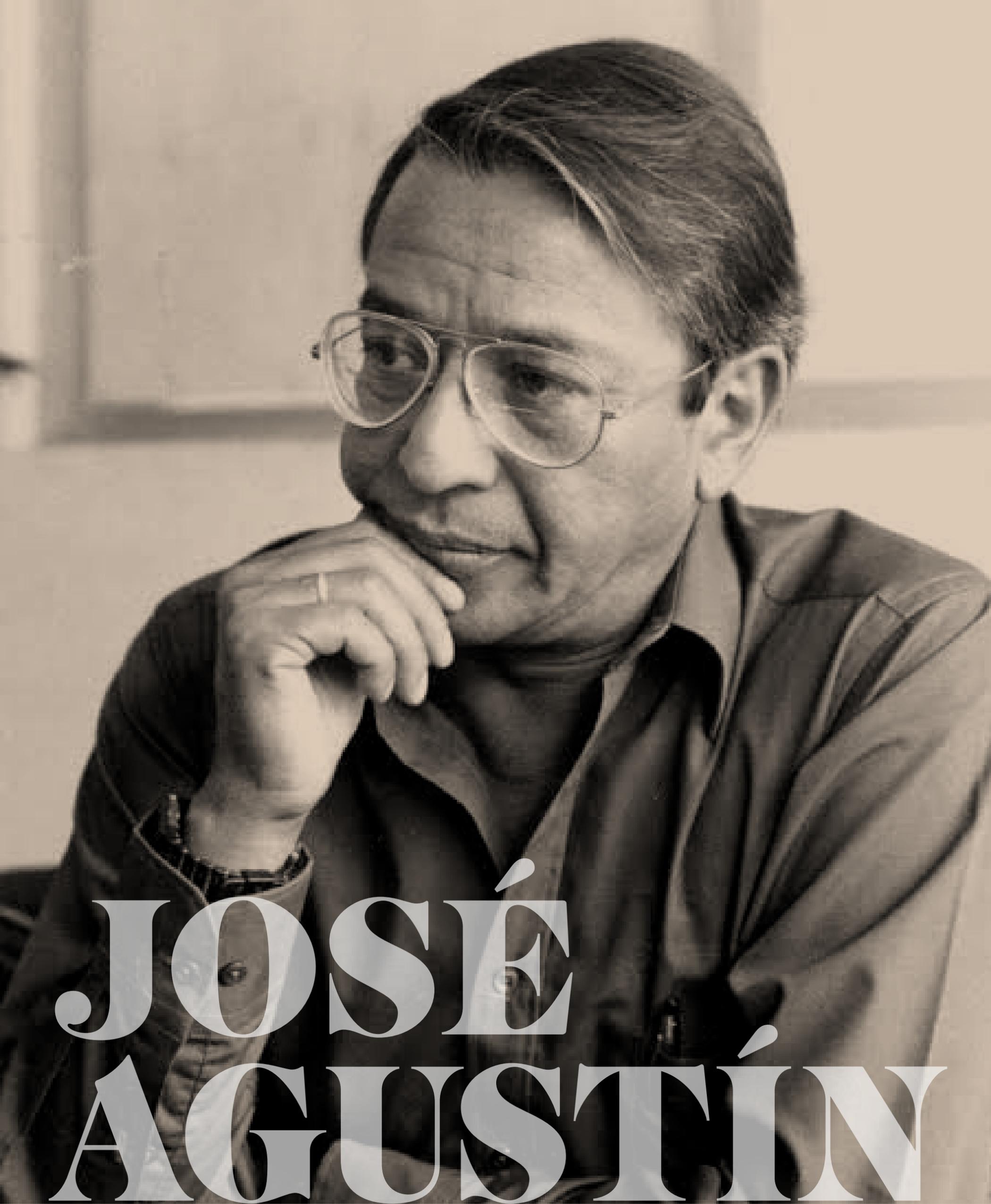
José Agustín como Revueltas y Robert Fripp, como Ulises de un México convulso e inabarcable, resistió a la domesticación de la Gran literatura, y en calidad de paria de la Ciudad Letrada la grafiteó y creó una República hedonista, al estilo de los filósofos cínicos.

El espíritu de *De Perfil* es la de una novela musical y resonante. Los jóvenes personajes de *De Perfil* someten y descartan la vida adulta. No la anhelan sino la exhiben como el aburguesamiento contra el cual hay que rebelarse. *De Perfil* formó parte del ambiente cultural de la ciudad de México. Se publicó en 1964, e impregnó a su generación de un *ethos* altisonante, lúdico, rockero, contracultural. La conciencia de un presente en que los jóvenes eran sujetos de la historia. Años después, el movimiento estudiantil de 1968 renueva esta concepción y aunque *De Perfil* es una novela literaria o contracanónica incendió el paisaje de la ciudad letrada.

En México, por lo menos el cumbianchero, periférico, callejero, anticolonial, izquierdos y rijoso, el México de

los muchos, del hoyo negro de la resistencia, el eléctricamente darkie, el punketo-Mariachi mexicano, el de Seline y los Dinos, el que leyó a Monsiváis en el potro salvaje de la historia, el que lee literatura mexicana como si fuera sociología y etc., en ese México solo hay agustinistas y transgresores del canon, dinamiteros de la literatura consagrada y de la literatura globalizada.

Hay que poner una rolita de King Crimson. Abandonar esos códigos fosilizantes que hacen de la literatura mexicana ese gran fetiche, representaciones del poder, y dejar que un riff surja mientras *baterista batertonto* tamborilea en la tarola con un hip hip, hola, un hip hop, de los bíceps, *I mean*, los bitles, o bisquets, y releer a Jung, a don W. Reich, a cop sop, lo que enciende, tu *light up my fire*. Y Oliveira, reapareció. Abandonó París y persiguió a su Requelle, *ma belle*, y tú sabes que todo se desvanece, un bit bit. Y regresamos al cielo oscuro que presagia una literatura, *sont des mots qui vont très bien ensemble*. Shut down.



JOSÉ AGUSTÍN

SUPLEMENTO ESPECIAL DE
hipócritalector

COLABORACION

ALEJANDRA GÓMEZ MACCHIA
CARLOS CHIMAL
MARIO ALBERTO MEJÍA
MARIO MARTELL
ZEUS MUNIVE

HIPÓCRITA LECTOR

MARIO ALBERTO MEJÍA
DIRECTOR GENERAL
IGNACIO JUÁREZ GALINDO
DIRECTOR EDITORIAL

OSCAR COTE PÉREZ
DISEÑO EDITORIAL

GABRIEL JIMÉNEZ
ROBERTO CORTEZ
REVISIÓN

GERARDO TAPIA LATISNERE
DIRECTOR DE RELACIONES PÚBLICAS

BEATRIZ GÓMEZ
DIRECTORA ADMINISTRATIVA

Hipócrita Lector, diario
de lunes a viernes.
Dirección: Monte Fuji 20,
Fraccionamiento La Cima,
Puebla. CP. 72197 Correo:
atencion.hipocritalector@
gmail.com
Editor responsable: Ignacio
Juárez Galindo
Permisos Indautor, Licitud
y Contenido: En trámite
Todos los materiales son
responsabilidad exclusiva
de quien los firma.